

Historias de mujeres desplazadas en El Salvador 2021-2023



NRC

CONSEJO NORUEGO
PARA REFUGIADOS



USAID
DEL PUEBLO DE LOS ESTADOS
UNIDOS DE AMÉRICA

El Consejo Noruego para Refugiados (NRC) es una organización humanitaria independiente que ayuda a las personas obligadas a huir. El NRC trabaja en crisis en más de 40 países, proporcionando asistencia de emergencia y a largo plazo a millones de personas cada año. El NRC promueve y defiende los derechos de las personas desplazadas a nivel local, nacional y en el escenario mundial.

Esta publicación ha sido posible gracias al apoyo del pueblo de los Estados Unidos de América a través de la Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID). Los puntos de vista/opiniones de esta publicación son responsabilidad del Consejo Noruego para Refugiados y no reflejan necesariamente los de USAID o los del Gobierno de los Estados Unidos.

Copyright © El Consejo Noruego para Refugiados 2024. Su reproducción total o parcial puede hacerse con la autorización del NRC.

NRC

Historia de Mujeres Desplazadas en El Salvador 2021-2023.

Propietario: Consejo Noruego para Refugiados.

Coordinación y textos: Mayela Molina y equipo de Protección El Salvador

Para más información sobre las publicaciones y los productos digitales del NRC, visite nuestro sitio web y/o nuestras redes sociales:

www.nrc.no | [FB: Consejo Noruego para Refugiados](https://www.facebook.com/ConsejoNoruego) | [X: @NRCLAC](https://twitter.com/NRCLAC)

Prólogo

Estas historias han sido escritas a partir de testimonios reales de participantes de los servicios del NRC en El Salvador, entre 2021 y 2023. Algunos nombres y datos han sido cambiados para proteger la identidad y seguridad de las personas.

Las pinturas que acompañan las historias fueron elaboradas por sus protagonistas. Cada una de las historias fueron validadas por ellas antes de publicarlas.

Jazzamin, la pintora

El rostro de Jazzamin se transforma cuando pinta, o tan solo al hablar del turquesa del cielo y el blanco de la espuma en las olas del mar, su combinación de colores favorita. La historia de violencia que vivió no limita su presente y su futuro, ni el de sus hijas.

A Jazzamin la definen sus pinceles y pinturas cuando tiene un lienzo en blanco en sus manos.

“Desde los siete años tuve una gran inclinación por el arte. Mi papá es artista, mi hermano y mi hermana también, tengo tíos que son artistas y cuando estaba pequeña mi papá pintaba y nos daba páginas, pinceles y pinturas y nos permitía pintar, así fue como me comenzó a gustar el arte”.

32 años después de que las pinturas y las páginas blancas fueran una forma de entretener a la niña, el arte es ahora la forma de vida y sustento para Jazzamin y sus hijas. “Comencé a generar ingresos, a suplir mis necesidades, hago exposiciones o expo ventas y aparte creé una página web. Las ventas de mis cuadros han sido bastante buenas; pero en mis metas está seguir creciendo, exponer en otros lugares y estudiar las artes porque no me quiero quedar así, quiero seguir estudiando. Estoy impartiendo talleres de pintura a niños y niñas y estamos remodelando una escuela que iba a ser cerrada. Estaba abandonada, pero a través de murales y decoración minimalista y plantas, hemos habilitado varios espacios”.

Todos esos proyectos pertenecen hoy a una mujer que hace un par de años vivía en un infierno, encerrada, maltratada y



amenazada. En ese momento, Jazzamin no tenía metas ni ilusiones y su arte había quedado como un recuerdo de infancia. Vivía con su expareja, que más parecía su carcelero y verdugo.

«Él me cuestionaba por todo: “esas playas que pintas, seguro que te recuerdan a alguien, por eso lo haces tanto”, me decía. Y me rompía las pinturas.

Por esa razón, antes no pintaba”. En esos días los colores para ella y sus hijas eran en tonos grises, morados, oscuros, tristes.

“Me gritaba. Me golpeaba. Me empujó y me caí de las gradas, casi muero. Su mamá veía todo y me pedía que no

denunciara. Los vecinos llamaron a la policía. La policía llegó a casa, se lo llevaron, pero lo soltaron. Su mamá negó todo para protegerlo. Me tuvo encerrada. Una noche me violó. En otra ocasión me golpeó, me arrastró, tengo todas las marcas donde me arrancó piel, me rompió la dentadura y me golpeó hasta cansarse.

Después de varias privaciones de libertad y muchas llamadas a la policía sin tener resultados. Un día logré escapar junto con mis hijas. Fui a la policía a denunciar con los golpes en el cuerpo. Se inició un juicio, su abogado me quiso callar con dinero. Huimos. Nos escondimos. Cambiamos de casa varias veces.

Las organizaciones nos ayudaron. Instituciones de gobierno nos ayudaron. El juez lo condenó, pero, nunca lo apresaron. Él está libre. Él es libre. Nosotras seguimos huyendo. Tenemos miedo”.

165¹
Feminicidios en El Salvador
entre 2019 y 2021

Huir de casa, huir con lo puesto, huir para salvar la vida, por la vida de sus hijas, empezar de cero, seguir huyendo porque el atacante todavía está libre. ¿Cómo reiniciar y reconstruir su identidad, su vida, su hogar, su seguridad? ¿cómo vivir sin miedo?

Jazzamin redescubrió después de esta experiencia lo que ama ser y hacer, ser de nuevo la niña que jugaba con pinturas, pinceles y páginas en blanco, y mantener con esto a su familia. Fue apoyada para iniciar un emprendimiento y ella eligió lo que mejor sabe hacer: mezclar colores, pintar. Hizo de su pasión su forma de vivir.

¹ Fuente: ORMUSA. El Salvador. Entre 2019 y 2021.

² Fuente: ORMUSA. El Salvador. Entre 2021 y 2022.

“A mí el arte me sirve como una terapia. Expreso mis emociones, la alegría y tristeza. Cuando me avisaron que había sido aprobado el capital y llegar a un lugar donde había pinturas, colores, las canvases, era como estar en un cuarto lleno de dulces para un niño. Cuando pude comprar mi caballete que tanto quería...fue como recibir un ramo de rosas”.

El agresor de Jazzmin ahora está preso, pero como en muchos casos de violencia contra la mujer, la familia de él busca y amenaza e intenta hacer que retire los cargos, sin embargo, el dolor que todavía tiene en la espalda y sus dientes postizos al comer, le recuerdan lo vivido y le da valor para sostener su testimonio.

8,661²
Casos de **violencia** contra la **mujer** en
El Salvador entre 2021 y 2022

“Sigo aquí a pesar de todo lo que he vivido, de todo lo que he pasado, porque he recibido ayuda psicológica. Y no, hay cosas que no se superan, hay recuerdos o cicatrices que cuesta olvidar. He crecido a partir de esa experiencia que viví, me dedico a lo que me gusta y aunque haya días buenos o días no tan buenos, sigo adelante.”



La prisión de Sofía y sus hermanas

Soy Sofía y tengo 40 años, vivo con mis dos hermanas y cinco sobrinos. Me gusta cocinar, arreglarme el cabello y las uñas, pero hubo un tiempo en que eso no lo podía hacer, yo no podía andar así arreglada como ando ahora. No nos permitían que nos arregláramos. Nos querían ver como pisoteadas.

Nosotras, mis hermanas y yo, pasamos por experiencias muy tristes, y para mí todo comenzó cuando me casé en 2013.

Con mi esposo la vida fue muy linda en el primer año de matrimonio, pero después de eso él cambió. Empezó a reunirse con los “muchachos”, con malas influencias, e inició en las pandillas.

Tuve a mi primera hija y empecé a trabajar porque mi esposo no aportaba en nada. Él, además de empezar a delinquir, indujo a los compañeros de vida de mis hermanas a que hicieran lo mismo. Así empezó a crecer el grupo en el lugar donde vivíamos, en una zona rural.

Este grupo de la pandilla empezó a pedir renta a las mismas personas del cantón, salían a lugares a robar, y se reunían en nuestra casa para planear sus delitos, incluso homicidios.

Yo me sentía muy mal de no poder avisar a las personas, sabiendo, a veces, que les querían hacer daño. O sea, yo escuchaba que ellos planeaban delitos contra ciertas personas, quería avisarles, pero no podía, me iban a matar a mí o a mis hermanas.

Yo todavía me siento culpable porque nunca pude decirle a nadie, ni a los familiares, pero era imposible. A nosotras, con mis hermanas, nos tenían encerradas.



“ La mamá de mi esposo y su hermana nos vigilaban hasta cuando íbamos a trabajar, no podíamos hablar con nadie o relacionarnos con nadie. ”

Porque según ellos, los íbamos a denunciar. Antes, ellos amenazaron a mi mamá y ella se tuvo que ir, por muchos años no pude verla. Nosotras no podíamos estar ni un minuto con otra persona a solas.

Así pasamos unos diez años. Diez años de violencia y sin libertad. Nos obligaban a darles la mayor parte de nuestro salario y lo demás era para pagarle a alguien que cuidara a los hijos de las tres, que eran mal cuidados. Uno de los niños tiene una discapacidad muy grave y estaba desnutrido y muy descuidado, pero no podíamos decir nada. Además, si mi esposo y los otros se reunían en casa, estábamos obligadas a darles comida, bebidas alcohólicas y lo que pidieran, de lo contrario nos golpeaban.

En una ocasión, mi esposo me puso la pistola en la cabeza, pero gracias a Dios se le cayó el cargador. El hermano llegó y le dijo que no me matara ahí, que, si lo quería hacer, buscara un área afuera en el monte. Ese día me salvé. Lo mismo solía ocurrirles a mis hermanas. Teníamos que hacer lo que ellos nos pidieran. Nosotras nos negamos a recibir dinero de la renta o a

vender drogas, preferíamos trabajar y darles parte del salario, porque teníamos miedo de que nos descubriera la policía y los niños quedarán sin mamá. ¿Quién iba a mantenerlos, a cuidar de ellos?

Eso era un infierno

¿Qué si intentamos denunciar a la policía? Nos daba terror que mi esposo y los demás se enteraran. Y no podíamos porque estábamos vigiladas todo el tiempo y cualquier intento de huir o denunciar era también un riesgo para los niños, que se quedaban en casa. Los niños no tenían ningún futuro ahí, ellos veían y escuchaban todo, había armas, drogas, mucha maldad.

Cuando mi esposo estuvo preso, yo seguía bajo el control de la familia y de la pandilla. Me obligaban a llevarle el dinero a la cárcel. Y, en una ocasión, que estuvieron presos él y los compañeros de vida de mis hermanas, tuvimos que vender y hacer cosas extra para reunir dinero para todos ellos, porque no nos alcanzaban los salarios.

Pero salimos de eso

La segunda parte de esta historia inició cuando conocí a una persona en mi trabajo, quien con su pareja empezaron a platicar conmigo y yo les contaba sobre nuestros problemas, sobre todo, lo del niño con discapacidad que estaba muy desnutrido y débil y el lugar donde pasaba era sucio. Les envié una foto a ellos y con eso pusieron la denuncia en una institución, por abandono del niño. Unos días después, representantes de la institución visitaron la casa y constataron la situación.

Yo tenía mucho miedo, pero un día llegaron de esta institución a mi trabajo y me dijeron que ya habían ido por los niños a la casa y que me podía ir con ellos, que estaríamos seguros. Eso sí, me llevarían

con nada más que la ropa que tenía puesta porque no podía ir a la casa a traer nada. Así salimos de ese infierno. Después, logramos sacar a mis hermanas junto con sus hijos.

Estuvimos en albergues y nos ayudaron instituciones de gobierno y organizaciones, teníamos que escondernos porque esa familia nos seguía buscando. Hasta que nos pudimos ubicar en un lugar seguro donde estamos ahora ya nos sentimos libres, vivimos una vida normal, sin presión, sin que nos controlen. Ya pudimos reencontrarnos con mi mamá. Ella creía que nosotras ya no la queríamos y pasó sola por muchas situaciones dolorosas, pero le explicamos que nos prohibían visitarla y que estábamos prácticamente presas.

Mis sobrinos e hijos están estudiando y juegan como niños normales, sin violencia y malos ejemplos a su alrededor. Ya nadie los obliga a que se vayan a la calle a vigilar quién entra o sale del cantón, ni están entre drogas y alcohol. Yo le digo a las personas, sobre todo mujeres que pasan por lo mismo, que busquen ayuda, hay que ser valientes y les digo: sí hay vida, se puede salir adelante, aunque cueste y a paso lento.

Estamos muy agradecidas con todas las personas que nos apoyaron, porque si nosotras nos hubiéramos ido por nuestra cuenta, teníamos que dejar a los niños ahí y eso no lo hubiéramos hecho nunca, o bien nos encuentran y nos matan.

*Siempre Luchando
Para mi familia
Gofia*

Moñika: ser guerrera y fuerte

Mi nombre es Mónica y soy una mujer trans de 36 años. Para conocer mi historia empezaría por contar mi infancia. Vivía con mi familia: mamá, papá, hermano y hermana. Siempre tuvimos desafíos, nuestras altas y bajas, pero vivíamos una vida tranquila.



Mi infancia y mis sueños

Me encantaba pasar tiempo con mis primas, jugar con sus muñecas, los vestidos, las risas y juegos. Aunque mi papá me pedía que jugara con carros, pelotas y correr, nada me llenaba como aquellos juegos y complicidad con mis primas. Recuerdo ponerme los vestidos de mi tía y que me descubrieran un par de veces. Lo sabía y siempre he sabido: soy una chica. A los 15 años, definitivamente me identifiqué como mujer trans, son recuerdos muy importantes para mí.

Al tener esa seguridad e identidad que me llenaba desde el fondo de mi corazón, también estaba lastimada y dañada por experiencias de rechazo y discriminación hacia mi persona de parte de mis compañeros, personas de la comunidad y mi entorno.

Pero entendía que yo debía ser fuerte, y mi historia avanzó. Me llevó a descubrir otro de mis sueños: la enfermera.

Ver a esas mujeres cerca de mi casa caminar con sus uniformes blancos, cada detalle, el corte de sus faldas, los botones forrados blancos, sus peinados impecables con su cofia adornando su cabello y el maquillaje, tan arregladas siempre. Eso quería llegar a ser, estudiar enfermería y ser una profesional.

“Yo supe desde muy pequeña, a mis 10 años, que no era como los demás chicos.”

Crecí, me esforcé en la primaria, fui bachiller e inicié mi carrera universitaria, mi sueño estaba tomando forma: la enfermería. Sin embargo, mi padre nos había dejado de apoyar económicamente cuando supo mi identidad nos abandonó, se fue, nuestra familia se quebró, y con ello también el dinero para mis estudios y las necesidades de nuestra casa.

En ese momento tuve que tomar decisiones radicales, tenía que apoyar a mi madre, así que decidí cambiar la enfermería por la cosmetología, quiero pensar que éstas tienen cosas en común, quizás el escuchar y atender a las personas. No era mi pasión, pero aprendo rápido, yo decía que sí podía, me fijaba detalladamente cómo lo hacían otras, soy así, soy determinada. Así que decidí hacerlo, porque en otros empleos fui discriminada, las oportunidades se cerraron para mí. Intenté trabajar en una clínica, pero fui juzgada, rechazada y humillada por mi expresión de género.

Eso no me derrotó, empecé este camino, éramos felices, mi madre y mis hermanos. Con el tiempo, fuimos mi madre y yo viviendo en la casa. Una familia como cualquier otra, lo que

queríamos era tener nuestras cositas y una casita para estar seguras. La casa donde vivíamos le pertenecía a mi madre, la estaba pagando con esfuerzo, un préstamo hipotecario que llegó casi como un milagro, en una colonia populosa asediada por pandillas. El acoso y presencia de estos grupos era latente en las calles.

Para mí, la situación era más complicada, especialmente cuando me tocaba salir sola para mi trabajo, había insultos y acercamientos amenazantes, pero los dejaba pasar, eso no podía detenerme.

Seguí con mi vida, aunque no puedo negar que el miedo siempre estaba presente, como una constante.

Una pandemia y un desplazamiento

Cuando llegó la pandemia yo ya había logrado con esfuerzo montar mi salón de belleza en un pequeño local en un municipio cercano a donde vivía con mi mamá, que era muchísimo más comercial y conveniente para este negocio. Cuando declararon el confinamiento y los cordones entre municipios, decidí quedarme a vivir en el local, para estar más cerca de acceso a comida y buscar activar el negocio de alguna manera. Mi madre se encontraba en otro departamento cuidando a un familiar y por las mismas restricciones no podía regresar a nuestro municipio, ni estar juntas, así que era mejor que me quedara en el local, por lo que nuestra casa estuvo vacía durante los meses más duros de la pandemia.

“Eran muchos hombres, después de los gritos y ofensas haciendo énfasis en mi expresión de género, empezaron los golpes.”

Fueron meses difíciles, estaba separada de la familia sin hacer funcionar mi salón de belleza y sola en ese local. Hice ventas de comida, insumos de limpieza, como siempre. Sobreviví. Los meses pasaron, ya podíamos salir a las calles y empezar a retomar la normalidad. Fue entonces, cuando vecinos le avisaron a mi mamá que “los muchachos” estaban entrando a nuestra casa y que debíamos atenderla o la perderíamos. Un día, tomando las precauciones que pudimos, decidimos ir a nuestra casa para poder controlar la situación.

Cuando yo llegué, mi mamá y hermana ya estaban cerca del lugar. Para mí fue algo inexplicable: al poner un pie cerca de la casa tuve la sensación de un temor que invadía cada espacio de mi cuerpo, unos hombres pertenecientes a la pandilla se acercaron y empezaron a decirme: ¡Eres una traidora! Y gritaban que yo no tenía nada que hacer ahí, que ellos ya sabían que yo no vivía en el otro municipio que era controlado por una pandilla contraria y que seguro yo iba a causar problemas.

Me quitaron mis cosas y me pidieron mi celular. Yo les entregué todo. Mi mamá y hermana, al escuchar los gritos, corrieron a buscarme y suplicaban para que me dejaran en paz.

Pensé que me iban a matar, hasta que uno de ellos atendió a las súplicas de mi madre. Nos dijo que, si me largaba en ese momento y entregábamos las llaves de la casa, ya no me matarían y que era la última vez que me querían ver en la zona. Vociferaban que esa casa y todas las cosas ahora eran de ellos.

Tuve mucho miedo de dejar a mi madre y hermana en el lugar, pero los pandilleros gritaban y confirmaban sus amenazas de muerte. Todo pasó tan

rápido, corrí y salí a un lugar donde pude pedir ayuda y llegar al local a resguardarme. Mi cuerpo temblaba, no podía respirar, estaba hundida. Pude comunicarme con mi familia y efectivamente habíamos perdido la casa y todas nuestras cosas, solo habían dejado mi cama y hasta le habían hecho un agujero, teníamos demasiado miedo de llamar a la policía, pero luego, mi madre se armó de valor aunque solo fue para sacar las pocas cosas que quedaron, nada más.

Mi verdadero confinamiento

Esto me marcó mucho, me sentía culpable, frustrada y con mucho miedo. Pensaba si había sido mi culpa que perdiéramos nuestra casa. Empecé a hundirme en una profunda tristeza, sentía temor de que estas personas me encontraran, y decepción por todo el esfuerzo que significó construir esa casa.

Los familiares de pandilleros que me habían atacado pasaban cerca del local, como forma de amenaza. Me sentía impotente y con mucho miedo. Mi familia no continuó el proceso de denuncia por temor a que nos mataran. Mi mamá se quedó con unos familiares y yo seguí en mi local, donde la dueña me dejó quedarme. Para ese momento, había rescatado unos perritos, yo pensaba que ellos eran como yo: no tenían casa. Ahora son mi familia, han sido para mí una gran compañía.

Tenía temor que me reconocieran, los pandilleros, no salía y empecé a consumir bebidas alcohólicas, esto consecuentemente me llenó de deudas y problemas. Pasaban las semanas, los meses y no podía recuperarme. Me sentí hundida, me acerqué a algunas instituciones de las que no tuve una respuesta clara al inicio, me sentí aún más abandonada, que mi palabra no era

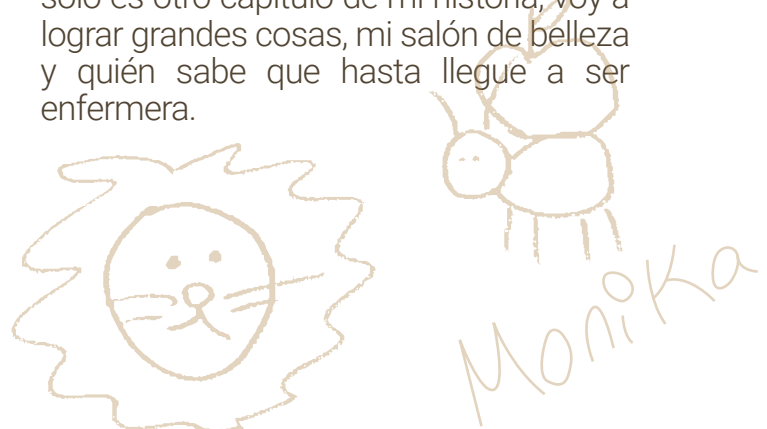
válida. En esa época terminé la relación con quien era mi pareja sentimental, eso me desbordó, agregando la muerte de uno de mis perritos. Me llegué a preguntar ¿por qué a mí? ¿por qué yo tenía que pasar por esto? Me encontraba muy mal, ya no era yo, estaba hundida en una profunda tristeza. Pero tenía que sobrevivir, seguí atendiendo en mi salón de belleza y una clienta me contó de una situación que había vivido su familia y cómo algunas organizaciones la habían ayudado, así pude contactarme con organizaciones humanitarias como el Consejo Noruego para Refugiados, y empezar a reconstruir mi historia.

Fui acompañada en distintas áreas, pude recibir atención psicológica que para mí fue sumamente importante. Después, fortalecí mi emprendimiento, le puse esmero, recordé que mi sueño era salir adelante. Pudimos justificar que perdimos la casa y ahora mi madre ha empezado con un nuevo terreno, ahí queremos construir nuestra casita.

Mis dos grandes sueños son mi casita y mi negocio

Aunque mi madre y yo seguimos separadas, tenemos el proyecto de la construcción de nuestra casa, tener mi cuarto, un patio, vivir con mi mamá y mis perritos. Así también esforzarme en mi negocio, hacerlo crecer, que sea mi fuente de ingreso y apoyar a mi familia.

Ahora, reconozco que soy una mujer fuerte, resiliente, creativa, poderosa, hermosa y que puedo salir adelante. Esto solo es otro capítulo de mi historia, voy a lograr grandes cosas, mi salón de belleza y quién sabe que hasta llegue a ser enfermera.



Violencia por ser mujer, violencia de pandillas, violencia por ser migrante

Cuando Gabriela cuenta su historia, pareciera que ha vivido varias vidas. Le han sucedido muchas cosas y la violencia ha sido una constante desde que tiene memoria.

El primer recuerdo que menciona es el maltrato de su padre y luego que, con seis años de edad, durante el conflicto armado salvadoreño, fue forzada a huir de su casa junto con su familia después de que ella y su abuela fueron atacadas física y sexualmente y sus tíos desaparecieron.

Ya en su adolescencia, la situación familiar era muy hostil y sin un proyecto de vida claro, decidió casarse muy joven, a los 15 años. Tuvo dos hijos, pero se separó después de años de violencia psicológica por parte de su pareja.



Gabriela, ahora de 46 años, cuenta estas experiencias con una calma que sorprende, pero que se acaba cuando llega a un momento más reciente marcado por la violencia, esta vez de parte de las pandillas.

“En una de esas noches, yo ya iba tarde hacia mi casa, que estaba en zona rural. Ellos (los pandilleros) me vieron, esa fue la primera vez que me golpearon, porque no les quisimos dar más.”

Junto con una amiga tenían un salón de belleza en un barrio popular de San Salvador. Como la mayoría de los negocios vecinos, ellas debían pagar una cuota a la pandilla que dominaba el lugar, a cambio de que no les hicieran daño y pudieran seguir con su emprendimiento. Un día les aumentaron la “renta” y ellas ya no pudieron reunir el dinero.

Fue como una advertencia... solamente me acuerdo de que salieron tres hombres, me quitaron el teléfono, el dinero que llevaba y me golpearon”. Días después la agredieron una vez más. La golpearon tan fuerte que todavía siente las secuelas.

Esta evidente amenaza contra su vida y el cierre obligado de su fuente de subsistencia fue el detonante para que Gabriela, sola, maltratada, sin sustento y, sobre todo con miedo, decidiera irse del país con urgencia. “Decidí irme y dejar a mis hijos por varias razones: la delincuencia, pues los pandilleros casi me matan, los problemas familiares y la situación económica, pero más por mi situación emocional”.

Tenga cuidado porque le han echado el ojo

Emprendió el viaje, y se detuvo unos días en el sur de México. Mientras se preparaba para continuar hacia el norte, un hombre la interceptó en la calle.

—Mi patrón quiere conocerla.

—No, no tengo tiempo porque yo trabajo.

—No, usted no trabaja, usted ni siquiera es de aquí. Tenga cuidado porque le han echado el ojo.

Gabriela no sabe quiénes eran esos hombres, pero la advertencia se volvió realidad y una noche atacaron la casa donde se estaba quedando.

“Solamente me acuerdo de que me empezaron a golpear y alguien me agarró del cuello, del cabello y ahí creo que fue cuando perdí el conocimiento.”

El ataque sexual y físico fue brutal. Como pudo, regresó a Guatemala y de ahí a El Salvador. Volvió a su país, herida, con fiebre, muy lastimada, e indecisa sobre cómo presentarse ante su familia e hijos. Además, no tenía casa, ni trabajo. Otra vez a empezar de cero en el mismo lugar de donde tuvo que huir.

Éste era el panorama cuando contactó a una organización que la remitió al Consejo Noruego para Refugiados. En un primer momento, recibió apoyo de emergencia para reubicación y compra

de medicinas y alimentos, y fue remitida para tener atención psicológica en una institución estatal.

Más tarde, Gabriela obtuvo apoyo para mejorar sus medios de vida y subsistencia. Capacitaciones en emprendimiento y un pequeño capital la animaron a iniciar un negocio de alimentos y continuar trabajando en servicios de belleza a domicilio.

“A pesar de que yo sigo con una psicóloga, hay cosas que no se pueden borrar tan fácil.”

La independencia económica y una casa propia son el máximo anhelo de Gabriela. Sueña con un lugar donde pueda ver crecer a sus hijos, quienes viven con familiares desde que intentó emigrar.

Su plan ahora es seguir trabajando para asegurar una buena educación a sus hijos y que no pasen por lo que ella pasó.

—¿Qué la hace más feliz en la vida?

—Cuando estoy junto a mis hijos. Con ellos bailamos, hablamos de nuestras cosas, leemos cuentos, jugamos pelota, comemos helado...

A pesar de que yo sigo con una psicóloga hay cosas que no se pueden borrar tan fácil. Hay muchas personas que sufren tal vez peores cosas y no lo hablan, afortunadamente yo encontré apoyo”.

Gaby!!!

Las tres huidas de Lupita, Sergio y sus seis hijos

Lupita y Sergio tienen muchas esperanzas y sueños. Están construyendo su nueva casa, y ahí esperan conseguir un mejor futuro para sus seis hijos, quieren que sean felices y personas de bien, a pesar de todo lo que han vivido.

Los niños y niñas de esta familia no conocen el mar, desde pequeños todos han trabajado, no han tenido acceso a la educación continua, ni a una alimentación balanceada o a la estabilidad que toda persona merece desde que nace.

“La violencia ha obligado a esta familia a dejar su hoga en tres ocasiones.”

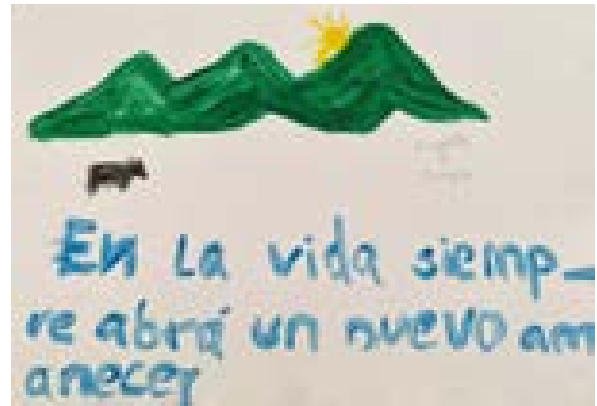
La primera huida, dejar la casa

Vivían en un barrio popular de San Salvador y Lupita trabajaba vendiendo comida en un mercado en otro punto de la ciudad. En su lugar de vivienda dominaba una pandilla y en su lugar de trabajo, otra.

“Un día, llegó un grupo de muchachos, uno de ellos me sujetó y me comenzó a ultrajar y a decir que por trabajar en una zona contraria yo pasaba información a la otra pandilla.

Mi sobrino intervino y no pasó a más, pero nos sentíamos muy inseguros y nos desplazamos junto con mi hermana y nuestras respectivas familias”, cuenta Lupita.

Toda la familia se movió a otra ciudad del país, pero ahí las cosas no estuvieron



bien por mucho tiempo. “Mis hermanos comenzaron a ser acosados por los miembros de la pandilla que dominaba la zona, los querían obligar a cobrar la extorsión para ellos (los pandilleros)”.

La hermana y hermanos de Lupita se fueron del lugar lo más pronto que pudieron, pero ella y Sergio no tuvieron opción y se quedaron.

El acoso por parte de las pandillas continuó y se hizo mucho más grave. Una noche, cuando ella estaba sola con sus hijos, un grupo de hombres llegó a su casa, la obligaron a salir, la golpearon y abusaron sexualmente de ella.

“Ni siquiera pude levantarme esa noche, mis hijos me encontraron en ese lugar al día siguiente. Yo les dije que me había caído. Yo no le dije a nadie (la violación), por pena, me sentía que no era digna de vivir, hubiese preferido que me quitaran la vida.

Me traté con amoxicilina y otras pastillas”. Días después, Lupita se armó de valor y habló con los líderes de la pandilla. “Ellos me dijeron que tenía que irme, que no iba a pasar nada, con la

condición de que no sacara ni una sola cosa de mi casa. Y así accedí sin preguntarle nada a nadie. Todos nos fuimos ese día como a las 12 o una de la madrugada únicamente con la ropa que llevábamos puesta”.

La segunda huida, dejar el país

Las hermanas y hermanos de Lupita ya se habían ido del país. No encontraron solución en moverse de barrio o ciudad, así que se fueron. Entonces, Lupita, su esposo e hijos también decidieron dejar El Salvador.

“No quería que mis hijos estuvieran en peligro nuevamente.”

Llegaron a México. Sin documentos y sin dinero, encontraron la forma de instalarse, comenzaron a trabajar en construcciones, algunos de los niños pudieron ir a la escuela y otros acompañaron al padre a trabajar.

La familia inició una vida bastante normal y el matrimonio sentía que estaba dando a sus hijos un poco de estabilidad. “Fueron cuatro meses después de llegar que las cosas eran difíciles, luego de eso yo ya comencé a ganar más y teníamos más opciones. Pudimos rentar una casa y así vivimos durante unos años”, comenta José.

Pero en esta ciudad fronteriza también hay violencia social y un día todo explotó. “Mis hijos mayores ya están grandes y en el lugar donde estábamos había mucha presencia del narcotráfico.

Entonces llegó un cártel de drogas contrario al que dominaba en el lugar, se desató un conflicto y se recrudeció la violencia. Los migrantes eran un objetivo para reclutarlos o desaparecerlos. Se puso muy feo, vendimos lo que pudimos y decidimos regresamos a nuestro país”, agrega Sergio, resignado.

La tercera huida, retornar a El Salvador

El traslado de esta familia de ocho personas a través de dos fronteras no fue tarea fácil, sobre todo porque los niños más pequeños no tenían sus documentos de identidad.

Lupita y Sergio lucharon siempre por no separar al grupo. En el camino, fueron víctimas de robo del poco dinero que tenían, malos tratos, extorsiones y padecieron enfermedades.

Finalmente, llegaron a El Salvador y luego a la ciudad donde viven algunos familiares. Aunque fueron bien recibidos, esa noche sufrieron hambre y frío. “Llegamos a casa luego de que nos recogieron, ya habíamos pasado tres días sin comer.

Al llegar al pueblo estaban otras tres familias y nada tenía nada para comer, costó bastante al llegar acá, sufrimos bastante. No teníamos nada”, recuerda Lupita.

Tres meses después de ese accidentado retorno, Sergio, Lupita y sus seis hijos ya se pueden reunir y pensar juntos en un futuro. Tienen gallinas para producir huevos y una milpa de la que sacarán el maíz, pero su plan más grande es tener su propia casa.

Por ahora, deben convivir con más de 20 personas en un pedazo de tierra que se han repartido entre los hermanos y hermanas, pero que todavía no cuenta con construcciones independientes que le den a cada familia su propio espacio.

Lupita y Sergio recibieron apoyo de varias organizaciones, entre ellas el Consejo Noruego para Refugiados, para construir un nuevo proyecto de vida en su país.

“ Por el momento, yo les digo a ellos (la familia), que esos problemas ya van a pasar...”

Más adelante estaremos mejor. Mis hijos estarán más tranquilos, lo sé. ”

Dice con esperanza Lupita. La violencia expulsó a esta familia de su casa, de su país y de un tercer lugar donde se habían instalado.

En el camino, perdieron sus trabajos, sus bienes, su estabilidad emocional; los niños no han tenido la educación que merecen y no han disfrutado de su infancia.

Pero su esperanza y resiliencia son ejemplo. Lupita lo resume así: “De mi parte, les digo nunca rendirse, siempre que haya vida.

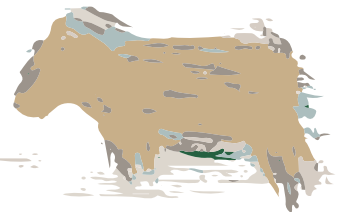
Las cosas malas no son para siempre, a pesar de que el cielo esté gris, siempre sale el sol.

Todos los sufrimientos que uno pasa lo hacen más fuerte y le enseñan a no rendirse, la vida siempre sigue adelante, la fe en Dios y la unión en la familia lo son todo”.

Lupita

y

Sergio





CONSEJO NORUEGO
PARA REFUGIADOS

